

## **BALLET-DEPORTE Y ELEGANCIA**

### **Padre Pedro José Ynaraja Díaz**

Tal vez alguien crea que me paso el día contemplado ballet por TV y no es cierto. Jubilado de obligaciones ministeriales, soy libre respecto a mi vocación. Pero sé también la necesidad de un satisfactorio goce, si quiero mantener equilibrio mental, por eso, cuando puedo, dedico mi tiempo a visionar ciertos títulos de ballet clásico. Es preciso estar al día de los acontecimientos y dictados del presente. No olvido el criterio de Karl Barth: el sacerdote debe leer diariamente la Biblia y el periódico, para conocer las necesidades de los hombres y la voluntad de Dios. Hoy diría los informativos de TV y radio (la cita no es textual, lo advierto). Continúo y creo acabar hoy con mis reflexiones respecto a la danza.

Observo, pues, que cuando triunfan los deportistas, expresando su satisfacción, se arrastran de rodillas por el césped del campo, o muerden otros la medalla que acaban de recibir. A su deleite le falta elegancia y en su gesto hay orgullo y cierta agresividad, parece que están diciendo orgullosamente al público ¿creáis que no era capaz de este éxito?

Me refiero ahora al ballet clásico. De la sublimidad que me sugiera ya he escrito otros días y no me repetiré hoy. Añado que nunca me pierdo el final de una sesión, la respuesta a los aplausos del auditorio. No hay orgullo, ni siquiera vanidad, al menos es así cómo yo lo interpreto.

En primer lugar su ademán es elegante, estéticamente bello. Su rostro inclinado no es altivo. Sonríe y mira al, o a los, que con él, o ella, han colaborado en la danza. Si recibe un ramo de flores lo acepta complacida. Cómo al ballet se le supone la imaginación de un coreógrafo y la conducción orquestal de un director, el o la estrella del espectáculo, los llaman para que también reciban y gocen del aplauso. Evidentemente, antes de este proceder, se han reunido en el escenario todos los componentes, que han adornado la ejecución con sus danzas y a todos se dirigen los aplausos. En su gesto no hay envidia, satisfacción sí de haber proporcionado felicidad a los presentes.

Corrijo lo dicho respecto al deporte. Cuando se trata de un triunfo que supone subir a un podio mientras las banderas del país se elevan lentamente y suena el himno de la nación y el sujeto llora emocionado, aquello sí merece elogio.

Por si ha parecido banal mi comentario, recuerdo que Pablo repite dos veces a los colosenses: sed agradecidos (Col 3, 15).